



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1668

De la Académica de Número
doña Otilia Da Veiga, acerca de

LA TRAYECTORIA DEL LENGUAJE. ¿HACIA DÓNDE VAMOS?

Señor Presidente:

En el lenguaje, con su historia desde el castellano abriéndose paso durante ocho siglos hasta hoy, reconocimos las distintas corrientes de pensamiento que confluyen en la pauta lingüística y aprendimos a categorizar las palabras en jóvenes o viejas, bastardas o genuinas, lunfardas o electrónicas, herméticas o poéticas.

Cada palabra lleva su carga intencional, y el espacio lingüístico es a la vez histórico y geográfico. Desde Echeverría a Borges, pasando por Sarmiento, los escritores argentinos sintieron que el lenguaje era su patria y la construcción de un lenguaje que nos identificara, una misión ineludible.

Aduciendo ideales de Mayo, Juan María Gutiérrez llegó a rechazar una invitación para ser nombrado miembro de la Real Academia Española de la Lengua en afán de propia afirmación con respecto al modelo peninsular. También Sarmiento mantuvo su polémica con el gramático Andrés Bello, de perfil americanista. Cuando leemos el *Facundo*, nos encontramos a distancia sideral del estilo de los narradores españoles del siglo XIX. La tendencia al afrancesamiento se exacerbaba.

Más tarde, el entusiasmo por las novedades léxicas y sintácticas que se daban en el país. Eduardo Wilde propondría sin éxito enmiendas a la gramática española, afirmando su derecho a una autonomía cultural que los distanciara de sus antepasados coloniales.

Los escritores criollos dieron nacimiento a la jerga gauchesca, a la cual Bartolomé Mitre fulminaba en 1852, negándole valores poético-literarios, por ejemplo, al *Santos Vega*.

Es Leopoldo Lugones, considerado escritor purista y reaccionario, quien otorga al *Martín Fierro* de Hernández la dignidad estética que ostenta. Recordemos que al momento de su aparición fue subestimado como un folletín rural destinado al paisanaje ignorante. No hay que olvidar que para la época la virtud suprema era ser criollo, y el vicio nefando, ser gringo.

Cuando Buenos Aires comienza a agigantarse demográficamente, se convierte en una nueva Babel. De buenas a primeras, el castellano es un extranjero en medio de la parla exótica de los vecinos. ¿Cómo explicar que las lenguas, todas, son, en mayor o menor grado, “mestizas”, así como el castellano lo fue desde su configuración inicial y se hizo español ensanchando, precisamente, su mestizaje?

Con la realidad de la lengua del inmigrante nace el cocoliche, el modo de hablar de los recién llegados, satirizado en sainetes populares, que dará lugar, más tarde, al grotesco. Para dar un ejemplo, en *Los amores de Giacumina* se agrega: “Escrito per il hicos dil duoño di la fundita dil pacarito”.

La reacción de los escritores “cultos” presentará dos frentes. Según Borges, en *El idioma de los argentinos*, “dos deliberaciones opuestas, la seudo plebeya y la seudo hispánica, dirigen las escrituras de ahora. El que no se aguaranga para escribir y se hace el peón de estancia o el matrero o el valentón, trata de españolarse o asume un español gaseoso, abstraído, internacional, sin posibilidad de patria ninguna”, a la vez que advierte de los dos peligros que asechan a nuestra expresión: el léxico de los malevos, a quienes hace responsables del canyengue, y el de los inmigrantes, insertando palabras bastardas en el habla cotidiana.

En su prólogo a *Fervor de Buenos Aires* nos remitirá a “la universal chusma dolorosa que hay en los puertos”, donde se asienta la jerga orillera, en clara referencia al lunfardo.

A despecho de tales apreciaciones, y lejos de malhadados vaticinios, el lunfardo fue creando su propia literatura sin caer en chabacanerías. Agregó a nuestra porteña idiosincrasia el toque de humor y picardía necesario para salpimentar las contingencias que el diario vivir impone. Sin dañar el idioma establecido, demostró ser válido para expresar las más variadas emociones del alma.

Hoy ya no son ni el cocoliche ni el lunfardo, como creía Borges, los que rebajan la calidad del idioma; ni siquiera la norma hispánica la que nos desfigura, sino que es la apetencia de aparecer globalizados y actualizados la que ha llevado a adoptar la vulgaridad que convierte en basura virtual los programas televisivos más exitosos, las

letras de las canciones más repetidas, las páginas amarillas de las revistas más frecuentadas y la blasfemia como estilo aceptado de lenguaje.

Se lee poco, y lo poco que se lee es malo. Se privilegian los títulos en inglés, los autores argentinos no interesan ni se conocen. La juventud actual se alfabetiza al ritmo de la computadora y se familiariza con los términos hiperactivos del inglés a través del chateo taquigráfico y su jerga mediática. Los adolescentes, en su gran mayoría, padecen de una afasia léxica que los priva no ya de la elocuencia, sino de todo dominio en materia de comunicación verbal.

Empero, no significa que el idioma esté en crisis. En todo caso, los que estaremos en crisis seremos nosotros si no sabemos acudir al rescate de la hermosura y dignidad del lenguaje. Dejo para los especialistas la última reflexión.

Buenos Aires, 30 de noviembre de 2009

OTILIA DA VEIGA
Académica de Número
Titular del sillón "Fray Mocho"